



La sonrisa de Venus
NÚM. 333

Por **MARIA SOLÁ**
15 CÉNTS.

1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle. — 2. *Florecimiento*, de Federica Montseny. — 3. *Abnegación*, de José Sanjurjo. — 4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cerdón. — 5. *Las santas*, de Federica Montseny. — 6. *¡Mi hermana!*, de José Martín. — 7. *El redentor*, de Isaac Pacheco. — 8. *¡Engañada!*, de Federico Urales. — 9. *El cacique*, de Barthe. — 10. *Jubilosa*, de Adrián del Valle. — 11. *El hijo de nadie*, de Federico Urales. — 12. *El amor nuevo*, de Federica Montseny. — 13. *El arreo*, de Solano Palacio, y *Al labalí*, de Salvador Cerdón. — 14. *Madre*, de Antonia Maymón. — 15. *Naufragos*, de Adrián del Valle. — 16. *Redimida*, de Fernando Claro. — 17. *Amor maldito*, de Federico Urales. — 18. *Madrina de guerra*, de José Martín. — 19. *¿Cuál de los tres?*, de Federica Montseny. — 20. *El hereje*, de José Sanjurjo. — 21. *La bella aldeana*, de Federico Urales. — 22. *Luz en las tinieblas*, de F. Caro Crespo. — 23. *¡Madres!*, de Rogelio Arnau. — 24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny. — 25. *Esclavo de su culpa*, de José Castells Serra. — 26. *El pecado de amor*, de Ricardo Vaqué. — 27. *Las dos son mías*, de Federico Urales. — 28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio. — 29. *Maternidad*, de Federica Montseny. — 30. *Esperanza*, de Ignacio Cornejo. — 31. *Pigmalión*, de Carlota O'Neil. — 32. *Peregrino de amor*, de Federico Urales. — 33. *La alondra*, de Angela Graupera. — 34. *El otro amor*, de Federica Montseny. — 35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo. — 36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales. — 37. *Camelanga*, de Adrián del Valle. — 38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón. — 39. *La última primavera*, de Federica Montseny. — 40. *El triunfo del amor*, de David Díaz. — 41. *El suicidio de dos enamorados*, de Federico Urales. — 42. *La venganza de Jaime*, de Angela Graupera. — 43. *Resurrección*, de Federica Montseny. — 44. *Cómo se ama*, de José Espleas. — 45. *Flores con y sin espinas*, de Federico Urales. — 46. *Arrayán*, de Adrián del Valle. — 47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer. — 48. *Martirio*, de Federica Montseny. — 49. *Aurora*, de Solano Palacio. — 50. *Una aventura*, de Federico Urales. — 51. *Como las águilas*, de Mauro Bajatierra. — 52. *La hija del verdugo*, de Federica Montseny. — 53. *Laudos de amor*, de Elías García. — 54. *Un infanticidio*, de Federico Urales. — 55. *Desterrados y raptos*, de Asensio Larrea. — 56. *María de Magdala*, de Federica Montseny. — 57. *El último baluarte*, de F. Caro Crespo. — 58. *Aristócratas*, de Adrián del Valle. — 59. *La perla*, de Antonio Maymón. — 60. *El amante de Encarna*, de Federico Urales. — 61. *Cautivos que se libertan*, de Luis Calventus. — 62. *El rescate de la cautiva*, de Federica Montseny. — 63. *La Virgencita de los Merinenses*, de Mauro Bajatierra. — 64. *Diez años después*, de Federico Urales.

LA NOVELA IDEAL

AÑO VIII

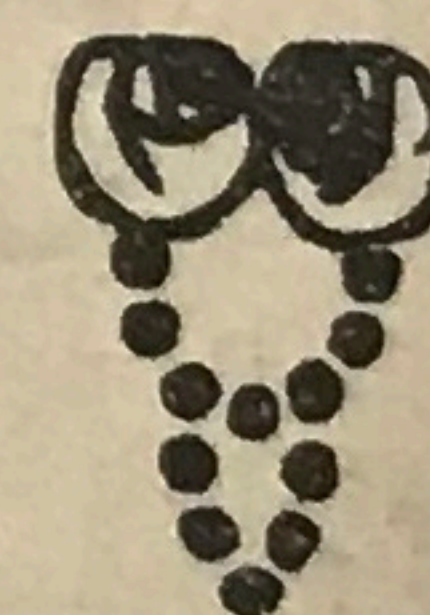
21 diciembre 1932

NÚM. 333

María Solá

△
PQ
6159.9
N1345
S64S
1932

La sonrisa de Venus



PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA

ADMINISTRACIÓN:

Calle Guinardó, 37 — Teléfono 51780 - Barcelona

Mañana sale **EL LUCHADOR**

Sátira, crítica, doctrina y combate

Precio de subscripción: Un semestre, 3'50 pesetas

• • •

La novela próxima se titulará

AL AMA NIÑA

DE ALFONSO MARTINEZ

MI DON QUIJOTE

Se ha puesto a la venta la tercera edición de esta obra de Federico Urales, que antes se titulaba *El Ultimo Quijote*. Esta edición se publica en dos tomos de cerca 300 páginas cada uno y van intercaladas en el texto 10 ilustraciones en papel cuché, que se titulan:

Idilio en una fuente. Despedida eterna. Como mueren los que aman. Intento de violación de una virgen. Noche de amor. Lluvia de ángeles. Un beso ante el tribunal. Un condenado a muerte. Flor cubierta de flores. La aurora.

Mi Don Quijote se vende a 2'50 ptas. tomo.

IMPRESOS COSTA: Asalto, 45. — Barcelona

I

En una atmósfera caldeada por el vino y la alegría, las copas chocaban entre aclamaciones interminables al rumboso triunfador.

Era Florencio Roldán un pintor novel a quien había sonreído la fortuna: el escultural desnudo de Rosaura, la morena castiza, de belleza agitanada, indolentemente acostada sobre un mantón de manila y con un clavel en la boca; le había valido medalla de oro y una fuerte suma en la Exposición de Bellas Artes. Desde entonces la firma de Roldán tendría valor y empezaban a ser realidad sus sueños de gloria.

Abriéndose paso entre los concurrentes de aquella Peña Artística, enclavada en pleno Barrio Chino, siendo verdaderamente una nota discordante en medio de la algazara reinante, con mirada hosca y miserable indumentaria que evocaba los bohemios de Murger, penetró en la sala Ramón Verneda, un paria del Arte, con el fin de sentarse en una mesa y pedir un vaso de agua, pues otra cosa no querían servirle porque estaba abrumado de deudas, y aun tenían la consideración de admitirlo en el local, gracias a ser vástago del que en vida había sido el gran Julián Verneda, uno de los mejores actores que han pisado las tablas.

Insensible a los cuerpos de mujer, a las risas, al chocar de las copas, algunas de las cuales se estrellaban llenando el suelo del rico néctar de champaña, Ramón Verneda, ensimismado, no parecía asistir a la

orgía... Roldán, beodo, en los lúbricos brazos de Rosaura, cuyo cuerpo mal cubría un hermoso mantón, reparando en su pobre compañero, pronunció este discurso que fué coronado con una ovación:

—Hoy pago yo, bohemio como siempre; gasto en una noche de fiesta el premio que me han otorgado, y quien esté triste a mi lado yo lo condeno a muerte.

»Ninfas del placer — continuó diciendo después que se hubieron acallado los aplausos — traedme a Verneda, y si no me dice por qué está triste lo degüello.

Y mostró una decorativa faca, emblema de apaches, que con otros utensilios adornaba una de las paredes del local.

Las mujeres, ni cortas ni perezosas, arrastraron a Verneda a los pies del triunfador... Con su mirada estúpida de beodo le miró éste de arriba abajo, preguntándole:

— ¿Por qué no fumas?

Aquello parecía un verdadero pandemonio, en el que se mezclaban en sin igual estruendo: gritos, carcajadas, besos, bofetones, rotura de cristalería junto con el olor acre del vino y el irrespirable humo del tabaco... al ver a Verneda sin un pitillo en la boca más de una hetaira le ofreció el suyo... el escrúpulo de saborear la saliva de mujeres tal vez sifilíticas, era para él algo invencible; rechazólas, logrando con ello una risotada general de burla, completamente en ridículo; el pintor se cubrió el rostro con las manos...

— No llores, no te desesperes, hombre; quién sabe si el porvenir te reserva ser una gloria en nuestro arte, como tu padre lo fué en la escena — dijo Roldán, que, ante el dolor humano, pareció perder de repente la estupidez de la borrachera, y acariciándole como a un niño prosiguió —: ¿Por qué no tienes modelo? Tú no sabes cómo ayuda a triunfar una sonrisa de mujer.

— No bebo, ni fumo, ni tengo modelo, por esta única y poderosa razón — dijo Verneda volviendo al revés sus rotos y deshilachados bolsillos, de los que, como es natural, no saltó un céntimo —. No me entretengo en coserlos — añadió sonriendo —, porque para lo que me sirven...

— Ahora bebe, diviértete; otro día hablaremos reposadamente en mi despacho.

Poco después, entre las sombras de la noche, iluminadas de trecho en trecho por una exigua luz eléctrica, caminaba Ramón Verneda hacia su mísera vivienda... Lo que acababa de decirle Florencio Roldán, que para triunfar precisa el aliento y las sonrisas de una mujer, le tenía fuertemente preocupado... ¿Tener modelo? ¡Imposible! Para todo se necesita dinero... incluso los cachivaches de pintar los tenía empeñados, y a una buena mujer, que por él sentía ciertos instintos de madre, le debía el no haberse muerto de inanición, la que se encargaba además de pagar al casero, para que no le echaran de la buhardilla.

Al doblar una esquina le salió al paso una sombra femenina, incitándole a una obscena invitación a cambio de unas monedas de cobre...

— He aquí dos miserables — pensó Verneda —; hay encuentros que ni hechos adrede — y con el ademán ya en él habitual, se volvió los bolsillos al revés para ahuyentarla, con lo cual sólo consiguió que prorrumpiera en llanto; esto conmovió su corazón de hombre y de artista... pintar el dolor de la hetaira que se ofrece a bajo precio por temor tal vez a los palcos de sus explotadores, si regresa sin dinero, era un poema de dolor propio para una obra de arte, máxime cuando su alma, amargada por tantos sinsabores, era más sensible entonces al dolor que a la alegría, y preguntó a la joven:

— ¿Cómo te llamas?

— Enriqueta — contestó ella.

Cogiéndola por un brazo la llevó a la luz de un farol para examinarla detenidamente... Era muy bella, de una belleza triste y enferma, y Verneda, sintiendo por ella esa compasión que suelen inspirarse entre sí los desgraciados, le preguntó mimoso:

— ¿Por qué llorabas?

— Porque Cantimplas y La Roñosa me pegan y me arrastran por los cabellos si no sacan partido de mí, y como hace algún tiempo estoy malita, me dicen que no gano el pan que como y que me van a dejar abandonada como un perro en medio del arroyo.

— Si quieres venir conmigo, sólo puedo ofrecerte el dolor de no tener nada, es decir, tanto como nada, no: tendremos ilusiones; no te quiero para fines carnales, pues soy incapaz de decir a una mujer: ven a pasar hambre conmigo; pero soy pintor y serás mi modelo, y cuando saque provecho de mis obras tú tendrás tu parte, así tendrás la satisfacción de ganar dinero honradamente... honradamente, sí; pues siendo el Arte una cosa grande y sublime, el ser modelo sólo puede ser mirado con malos ojos por los pobres de espíritu.

II

Era Catalina Almansa la viuda de un lechero a quien su esposo al morir le legó nutrida prole y su modesto negocio.

Enamorada en su primera juventud de un empleado de comercio, algo enfermo, casóse por primera vez Catalina, quedando viuda dos años después sin tener sucesión; entonces fué cuando le proporcionaron una colocación en uno de los mejores teatros, como criada para arreglar los camerinos, donde conoció al gran actor Julián Verneda, que se enamoró con locura de aquella mujer tan hermosa como buena.

Julián Verneda, eternamente bohemio, amó a cien mujeres y no se casó con ninguna; cuando conoció a Catalina Almansa, tenía ya al pequeño Ramón habido con una dama de alta alcurnia, madre desnaturalizada que abandonó al padre y al hijo para casarse con un inglés dueño de inmensa fortuna.

Para Ramoncito había sido siempre Catalina una madre y fué también ella quien cuidó al actor en su última enfermedad.

De la vida bohemia de Verneda tocaron las consecuencias aquella mujer y el pequeño Ramón, pues no pudo legarles otra cosa que el recuerdo imperecedero de su gloria.

Casada nuevamente Catalina tuvo siete hijos, y aunque al enviudar continuaba el negocio de su marido, eran muchas las obligaciones que tenía para atender a Ramón conforme hubieran sido sus deseos; no obstante, éste la miraba siempre como a una protectora y a ella acudía en los momentos de apuro. Así, pues,

cuando hubo acostado a Enriqueta en su camastro, huérfano de mantas de abrigo, por tenerlas en el Monte de la Piedad, bajó a la lechería, segurísimo de enternecer a aquella mujer.

Era de madrugada, pero la activísima Catalina estaba levantada ya y subió gustosísima a la buhardilla de Verneda con dos mantas y un tazón de leche caliente, prometiendo subir más tarde con caldo de gallina; también, gracias a ella, pudo desempeñar pocos días después los enseres de su arte, empezando a pintar su famoso cuadro «Poema de dolor», que trajo a Roldán una vez terminado.

—¡Bravísimo muchacho!— le dijo éste entusiasmado—; yo siempre he dicho que tú tienes talento, lo que te falta es optimismo y empuje o, hablando más claro, «protección»; porque ningún hombre se hace solo. Voy a serte franco, quien me ha dado la mano es una beldad rubia, que es una de las mayores fortunas de Inglaterra: Miss Ena Gilsón, aquella que tengo allí retratada. ¿Qué te parece?, si te gusta te la cedo; se pirra por los artistas, especialmente por los pintores, y a ella le debo el ser el pintor de moda en la mal llamada «Buena Sociedad».

—Eres muy generoso.

—Soy un buen compañero, he sido más vivo que tú y quiero mostrarte el camino: pon en sus manos tu «Poema de dolor», asunto que de antemano te aseguro ha de interesarle; viste a lo artista, como siempre vistes, pero más limpio... hazle el amor, no importa que sea en la primera entrevista; llega a la brutalidad incluso, ella no sólo no se ofenderá sino que la halagarás muchísimo, pues se cree irresistible... Si lo haces así, Miss Ena será tuya y con ella la fortuna.

—¿No te burlas?

—Palabra de honor. ¿No he dicho que quiero protegerte?

III

Era Miss Ena una rubia cuyo resplandeciente cabello formaba un marco de oro alrededor de su tez de lirio, delicadamente sonrosada, cuyos rasgos perfectos evocaban los de las deidades griegas... Sabiéndose bella y siendo ante todo artista, o como homenaje tal vez a la Naturaleza que tan pródiga se había mostrado con ella, no le gustaba pintarrajearse como a otras damas, ni desfigurar su tez convirtiendo en grotesca caricatura lo que era una verdadera obra de arte, sólo con una gracia singular sabía ayudar discretamente a realzar su belleza natural, y verdaderamente hubiera sido una mujer divina, de no poseer cierta despreocupación en sus costumbres rayana al libertinaje, producto de su libertad, de sus millones y de la nefasta influencia de su tía Carlota, que nunca había sido un modelo de virtud.

Carlota Vázquez era española, casó con el tío de Miss Ena, cuando a la rubia inglesita aun le vivían los padres, muertos éstos cuando la niña sólo contaba doce años. Pasó entonces a la tutela de su tío, hombre bonachón con la familia, o mejor dicho, si hacía la vista gorda era para que su mujer le dejase en completa libertad, pues también él tenía sus líos. En esta atmósfera pasó Miss Ena la adolescencia, siendo compañera de devaneos y aventuras de su «tiita», como cariñosamente la llamaba.

Entre una doble hilera de «Villas», pletóricas de flores, verdaderos vergeles, que rodean las montañas

contiguas a la ciudad, avanzaba Verneda con el corazón pendiente de un hilo, llevando su «Poema de dolor» debajo el brazo y mordiendo nerviosamente el mango de una decorativa pipa... La belleza del ambiente, el aire saturado de perfumes y el optimismo de Roldán, que había tenido la amabilidad de hacerle una carta de recomendación, inundaban de vez en cuando de una fugaz ráfaga de dicha el rostro de aquel bohemio, habitualmente ceñudo y preocupado, y sonreía ante el espléndido y próximo triunfo que presentía. Únicamente lamentaba no poder presentarse con mejor indumentaria ante tan rica y distinguida protectora... Con más porfía que suerte, había intentado su modelo quitar las manchas de un viejísimo traje de bohemio, meticulosamente planchado, y lucía corbata y botas nuevas gracias a la generosidad de la lechera. Con su sombrero de anchas alas en la mano y mesándose de vez en cuando la negra melena que rodeaba su rostro agradable y simpático, aunque un poco ajado por los sufrimientos, en el que reflejaban dos grandes y negros ojos, tan hermosos como tristes, esperó a la inglesa, que no tardó en presentarse.

Afortunadamente su presencia resultó simpática a la caprichosa millonaria, la cual ya no se acordó de Roldán, y sonrió al humilde con su peculiar sonrisa de mujer poderosa dispuesta a concesiones en el terreno del amor... Ello dió alientos al artista, que con cálido entusiasmo le explicó el alcance y dramatismo de aquel «Poema de dolor»; el poema de la mujer, zuela mísera, que en una esquina de los barrios bajos, llevando la desesperación en el alma y una trágica sonrisa en los labios, procuraba en vano atraer algún hombre para ganarse unas monedas...

— Tienes inspiración — dijo Mis Ena, tuteándole —; el tema es precioso y está desarrollado de un modo

magistral. ¿No has logrado alguna recompensa en exposiciones artísticas?

— No, señora; la fatalidad se ha cebado en mí de un modo inconcebible. De pequeño mostré precocidad en este arte y gané algunos premios escolares. Luego me sucedió lo peor: murió mi padre, que con su prestigio hubiera logrado la gloria para mí. Era un buen padre, me adoraba; pero por su carácter rumboso y mujeriego murió sin fortuna... Desde entonces vivo como puedo; he ganado con mis cuadros algunas pesetas, pero muy pocas; me faltan amistades, soy una firma poco conocida y esto es todo, señora; le hablo con sinceridad.

— Hay que tergiversar tu historia — dijo ella con voz melosa —; no debes presentarte en sociedad como un autor novel que ha arrastrado una vida miserable. Desde ahora brillarás en los salones como un astro de brillante carrera artística. Los grandes triunfos de que harás gala, nadie averiguará si son o no verdaderos, y te abrirán la puerta a otros positivos... No lo dudes...

Y atrevidamente acariciaba la melena del artista, mientras éste en éxtasis divino miraba hacia lo infinito, alucinado por la visión de deslumbradoras ilusiones, cuya realización al fin era posible... Cuando, como una ráfaga perfumada, sintió el aliento de Miss Ena muy cerca de sus mejillas. Miró a la mujer y la vió brindándole la tentación de un beso... Aquel beso, tímido por parte de Verneda y audaz por parte de la incitadora, fué, naturalmente, el prólogo de otros deleites mayores.

IV

Consagrada ya la firma de Verneda, sus obras le eran arrebatadas de las manos y vendidas a buen precio, contribuyendo eficazmente a su triunfo la tía de Miss Ena, que miraba al joven pintor con una extraña e inexplicable emoción...

— Para Ramón Verneda no soy Carlota Vázquez — ordenó a su sobrina —; soy... cualquier otro nombre... Luisa López, por ejemplo...

— ¿Misterios?... ¿Con el padre del muchacho tal vez?... Pues fué un gran actor y mujeriego...

— ¡Calla, sobrina! No pretendas arrancarme nada... Seré una tumba...

— ¡Ah, tía, has sido tan mala cabeza como yo!

En realidad, Verneda no amaba a la rubia inglesa, así como tampoco se creía amado por ella. Mas para llegar a la cumbre que se había propuesto, le era necesario continuar con aquella mujer y ser esclavo de sus caprichos... Uno de ellos era deambular por los barrios del vicio, para saturarse de colorido local, y en uno de los malolientes tabernáculos encontraron, casualmente, a Florencio Roldán, acompañado de otras damas caprichosas como Ena. Alrededor de unas mesas, después de haber apurado unas copas, recayó la conversación sobre una importantísima Exposición Internacional de Bellas Artes que debía celebrarse.

— Por dignidad nacional — exclamó Roldán —, celebrándose el Certamen en España, debiera llevarse el premio un español... Pero, ¡cá!... ¿Por qué hemos de padecer la eterna manía de que es mejor lo extranjero?

— ¡Qué le vamos a hacer!... A ver si te lo llevas tú... Tienes una modelo muy castiza.

— ¿Te refieres a Rosaura? Tuve que echarla por ladrona... Por ahí anda hecha una perdida. Antes de entrar nos ha visto, y a las señoras y a mí nos ha dirigido una mirada de odio que despedía centellas.

Unas vendedoras de flores interrumpieron aquella conversación, al mismo tiempo que el organillo del detestable establecimiento, por orden del dueño y en honor de tan flamantes parroquianos, atacaba de lo lindo, invitando al baile y a la algazara.

De regreso a su hogar, que no era por cierto la triste buhardilla de antaño, encontró Verneda a Enriqueta Peña sin acostarse y esperándole impaciente, como de costumbre siempre que él salía de orgía... El pintor miraba como a una hermanita a la niña recogida del arroyo, pero en el corazoncito de ella echaba raíces un cariño distinto del amor fraternal...

Un día, al calor del hogar, se contaron sus historias.

— Mi glorioso padre, quiso ser libre como el céfiro — dijo Ramón —; no unió su destino al de ninguna mujer... Mi madre, según él afirmaba, fué peor que las alimañas: me abandonó para casarse con un hombre rico, y se marchó al extranjero, no preocupándose jamás de averiguar si soy vivo o muerto, y a pesar de ello yo ardo en deseos de saber noticias de mi madre, y esto ha martirizado continuamente mi existencia... Pasé los años de mi niñez al lado de mi padre y de Catalina Almansa, y al extinguirse la juventud en aquella mujer, que fué mi verdadera madre, se extinguió también la ilusión de mi padre, que la separó amistosamente de nuestro lado para vivir con otras mujeres, pero Catalina fué quien vino a cuidarle durante la enfermedad que le llevó a la tumba... Más tarde volvió ella a casarse, y aunque no andaba

lejos de los cuarenta, ha tenido siete u ocho hijos. Los negocios le han ido mal, se quedó viuda; mas a pesar de eso ha sido siempre para mí una mano amiga... pues quedé huérfano cuando estaba cursando mis estudios de pintura.

— ¡Pobre Ramón! — exclamó Enriqueta llevando hacia su corazón una de las manos del artista...

Se miraron inefablemente unos instantes, después de los cuales Ramón la acarició fraternalmente, mientras Enriqueta bajaba los ojos defraudada en sus ilusiones... ¿Por qué inexplicable rareza la quería de aquel modo?...

— Ahora tú, hermanita — le dijo, no comprendiendo o no queriendo comprender lo que pasaba por el alma de aquella mujer —. Cuéntame tu historia. ¿Cómo descendiste donde te encontré?

— Mi padre, Modesto Peña, trabajó muchísimos años en la fábrica de don Dimas Vázquez.

Al oír este apellido hizo Verneda un gesto de sorpresa; Enriqueta continuó:

— El patrono de mi padre, tenía algunas hermanas solteras, y llegó a casarlas todas, costándole sus bodas una millonada, pues era don Dimas uno de los hombres más vanidosos que han existido en el mundo; cuando casó a la última, mi padre sospechó que había hecho un esfuerzo don Dimas para casarla con la misma magnificencia que a las otras, y como les tenía cariño por los años que llevaba trabajando en la casa, él mismo, sin que nadie se lo ordenara, se impuso la obligación de velar diariamente una o dos horas, preparando trabajo para el día siguiente, y así ganar tiempo y aumentar la producción... Pasaron dos años, y un día una máquina le destrozó un brazo... La ingratitud del patrono. ¡oh Ramón!, rayó en lo inaudito... Buscó subterfugios para no pagarle lo que era de ley... Las bodas de las nenas casi le habían

arruinado, según decía, pero no tuvo más remedio que casarlas a tono con la posición social que representaban, y que por lo tanto, tratándose de Modesto Peña, uno de los obreros más fieles y antiguos, le daría trescientas pesetas como indemnización, pues a otro nada le daría, por haberse ocasionado el accidente fuera de las horas de trabajo y no haberle ordenado nadie que trabajara...

— ¡Señor! — exclamó, desesperado, mi padre —. Os suplico, por mi hija, que no me abandonéis; empleadme como listero, como vuestro ayuda de cámara, como vigilante en vuestra casa o en la de un amigo...

— ¡Imposible! — replicó don Dimas —. Faltándote un brazo no te respetarían; no podrías con tu presencia imponer orden a los obreros.

— Pues así, habiendo perdido la esperanza de ganar un pedazo de pan en toda mi vida, y teniendo una hija tan joven, que no gana para ella, y mucho menos para mantenerme a mí, os pido con lágrimas en los ojos que me déis lo que sea de ley, si no podéis en una vez en dos o en tres, en la forma que os sea más factible, así probaría algún negocio, y con buena voluntad saldría adelante.

— ¡Ay Ramón de mi vida! Estas escenas me desgarraban el alma; los lamentos de mi padre hubieran enternecido a las piedras, pero no al corazón del patrono, el cual contestó imperturbable:

— No hablemos más; es inútil. A mí nunca me han dominado los trabajadores; o recoges la indemnización que buenamente te doy o nada cobrarás; pues si se te ocurre llevarme a los Tribunales, no van a faltar testigos que declaren que tú no trabajabas, que lo que hacías era ensayarte manejando una máquina...

— ¡Canalla!... — rugió mi padre.

El cinismo de aquel señor, impasible a nuestras lágrimas, súplicas o amenazas, era desesperante, y con

desdeñoso ademán, se dispuso a salir, diciendo: — Para que veáis que me apiado de vosotros, además de daros las pesetas que os he prometido, para que no seas gravoso a tu hija, si quieres, procuraré tu ingreso en las Hermanitas de los Pobres; recomendaré por mí estarías mejor que los otros asilados.

— Para entrar en las Hermanitas no le necesito a usted — exclamó con arrogancia mi padre, y salió de la estancia, rechazando por dignidad incluso la limosna de trescientas pesetas.

Para enriquecer al monstruo, para conservar su fastuoso tren de vida, mi padre trabajó como un negro durante treinta años, perdió un brazo y no le quedaba más remedio que encerrarse en las Hermanitas de los Pobres o pedir limosna. Nos recogieron unos parientes, me enseñaron el oficio de costurera de ropa blanca, y gracias a algunas facilidades que nos dieron manos amigas pude obtener una máquina de coser, empezando entonces mi calvario... Como yo no ganaba lo suficiente, mi padre salía, y después de algunas horas volvía con unos céntimos, diciéndome que había trabajado en algo, pero luego supe que pedía limosna. ¡Qué vergüenza!, y ¡Ay Ramón mío!, para librarle de este oprobio, no vacilé en caer en otro peor, que le costó la vida...

Derramando copioso llanto, Enriqueta se ocultó el rostro entre las manos, pero a Verneda, más que las desgracias de su amiguita, parecían preocuparle las suyas propias, y le preguntó ansioso:

— ¿Cómo se llamaban las hermanas de Vázquez? ¿Qué edad tenían?... Me ha despertado interés este apellido.

— Carlota, Teresa...

— ¡Carlota!... ¿Has dicho Carlota Vázquez?...

— Sí, era la hermana mayor de don Dimas. ¿Qué te pasa?...

— Carlota es... Prosigue, ya te lo diré al fin; quiero conocer la historia de tus dolores.

— Después del accidente de mi padre, mi historia es una agonía larga, dolorosa, que puede encerrarse en un capítulo: el de mi perdición... Mientras yo co-sía arrimada a la reja de mi cuarto, repleto de macetas, un piano de manubrio solía alegrar con sus notas al modesto vecindario... Nunca le eché una perra gorda, ni chica, que buena falta me hacían, pero olvidando pesares, canturreaba al son de la música, y el pedigüeño se fijó en mí... Aquel hombre era «Cantimplas»... Abreviando, te diré que me arrastró hasta donde quiso arrastrarme... Al principio, tuve suerte: se me pagaba bien, me deseaban, era carne nueva en el altar del vicio... Luego la salud me flaqueó, las fuerzas me faltaban, y en la flor de mis años me he sentido vieja y hastiada de mi profesión... Mi padre, antes que recibir socorros míos, prefirió seguir pidiendo limosna; hubiera querido volver a él y al camino de la virtud, pero «Cantimplas», navaja en mano, dispuso de mí y me gobernó de un modo absoluto... Mi padre murió en el hospital; me perdonó a última hora, pero yo no he podido sacudir el yugo de mi tirano, que jamás ha vuelto a salir con el manubrio, ha vivido a costa mía, y en unión de la «Roñosa» me explotaban... hasta que me salvaste tú...

Casi le faltaba el aliento a Enriqueta al hacer la penosa confesión de su vida de miserias... Mientras Ramón, con su mirada hosca, fija en el suelo, no dejaba de pensar en Carlota Vázquez...

— ¡Sangre ruin! — exclamó — Ambos debemos a esta familia todas las penalidades de nuestra vida... ¡Por caridad! Dime, Enriqueta, todo lo que sepas de la hermana mayor de don Dimas...

— Yo no la conocía personalmente; sólo sé que vivía en Inglaterra, porque se casó con Lord Gilson.

Los nombres de todos ellos me han quedado grabados de una manera indeleble en la memoria... ¡Gilson!... Casualmente el mismo apellido de la mujer que...

Enriqueta no pudo continuar; el llanto de los celos la ahogaba, y Verneda, ensimismado en sus propios pesares, no le hacía ningún caso... Algo serena fué la modelo, quien primero rompió el silencio, preguntando:

— ¿Por qué te despierta tanto interés la familia de don Dimas? ¿Qué recuerdos penosos evoca en ti?

— ¡Carlota Vázquez es mi madre! — exclamó en un arranque, y añadió, hablando consigo mismo —: Sí, sí, no hay duda: la edad que aparenta, la casualidad de ser la esposa de un Lord Gilson, hasta la protección que me dispensa... Doña Luisa es mi madre, que por conveniencias sociales se presenta ante mí con un nombre supuesto.

Y levantándose, se dispuso a salir.

Como era muy tarde y la noche muy cruda, Enriqueta se opuso, pero fué inútil; los nervios le impedían permanecer en casa...

— Tengo que salir a hacer toda clase de averiguaciones.

Al fin, aquel hombre podría pronunciar el dulce nombre de «madre», y esto le enajenaba de dicha.

Una vez en la calle, tropezó con Rosaura, al doblar una esquina, que por lo visto andaba al acecho buscando ocasión para hablarle:

— ¡Hola, guapísimo! Hace muchos días que quiero hablarte, pero Enriqueta está celosa y me echa la puerta por las narices, y para entrevistarme contigo no he tenido más remedio que rondar la casa en la hora que sales a ver a la inglesa... Vamos al grano: yo deseo ser tu modelo, pues se acerca una Exposición Internacional de Bellas Artes, y para los que aspiren al triunfo es condición indispensable tener modelos

de belleza consagrada que realcen las obras que crea su talento.

— Ya tengo modelo.

— Una no basta. Siempre has sido mezquino, Verneda... Que yo soy más hermosa que Enriqueta lo demuestran los laureles que Roldán ha alcanzado conmigo...

— Quien siente la belleza, la crea por instinto, sin serle necesario pluralidad de modelos, y... hablándote claro; aunque no tuviera modelo, no te admitiría, porque eres una ladrona.

— ¡Calumnia! ¡Mentira! Es que amas a Enriqueta...

— ¿Y a ti qué te importa?

— Pero es un amor muy raro, ¡ja, ja, ja!, pues no le tocas ni un hilo de su ropa.

— La amo tanto, que si «Cantimplas» viniera por ella, refiría con él a cuchilladas... Mi amor está muy por encima de la vil materia, y tú no puedes comprenderlo; para mí no es Enriqueta una mujer de carne y hueso, es como una delicada flor, una nube o una estrella... es algo divinamente bello y luminoso que habita en las etéreas regiones del ensueño; más que amor, mi sentimiento es un culto, como el que Dante profesaba a Beatriz y don Quijote a Dulcinea, y este culto a la belleza, lejos de ser sensualidad, es una llama suavísima, un soplo inmortal que a través del tiempo y del espacio ha inspirado obras maestras. No es que tenga yo como a tales las que salen de mis manos; mas no por esto dejan de merecerme ilusiones al crearlas, y, como todo artista, veo a través de ellas la gloria...

Una grosera carcajada de Rosaura puso fin al éxtasis de Verneda, el cual, encogiéndose de hombros, reanudó su interrumpida marcha al café do solía encontrar a sus protectoras, mientras Rosaura se perdía

en las sombras de la noche, ofreciéndose a la lujuria de los transeuntes.

Nerviosísimo, el pintor durante los minutos que perdió hablando con la mujerzuela, no dejaba de pensar en Carlota Vázquez. El sentimiento filial contenido en su corazón durante veinticinco años, iba a desbordarse ante la dama que todavía ocultaba a los ojos del mundo aquella maternidad ilícita que la denigraba, pero era ya indudable que en sus transportes de amor no le negaría los besos de que le privó en la cuna, y le llamaría «hijo», nombre lleno de mieles, que sonaría a sus oídos como el susurro mágico de las arpas de un edén...

Al divisar a Ramón, la dueña del café, se le acercó amablemente, y le entregó dos cartas coquetonamente perfumadas: una de Miss Ena, otra de Carlota, que la encabezaba: «Querido Ramón...», la firmaba Luisa y en toda la carta no le llamaba hijo ni se traslucía en ella la pena intensísima que rebosaba la carta de Miss Ena... Se despedían de Ramón; Lord Gilson había sido nombrado ministro, y habían marchado ya, con rumbo a Inglaterra...

Al verse abandonado por segunda vez, por la que era carne de su carne y sangre de su sangre, fué algo que hirió como un rayo el corazón de Verneda, que presa de un síncope cayó en brazos de los concurrentes del local.

V

La sonrisa era en los labios de Enriqueta un verdadero madrigal, y con ella la obra que pintaba Verneda quedaría inundada de claridades de aurora... Pero aquella «Venus» resultaba demasiado triste, hallando su tristeza un eco en el corazón de Ramón.

Creía Enriqueta que, ausente la inglesa, ella sería el ídolo de Verneda; pero, ¡cuánto se engañó! No tenía entonces otra mujer, que ella supiera, mas no dejó por ello de considerar como a una hermanita a la que tenía en casa. ¡Qué extraña tenacidad! Llegó a creer Enriqueta que aquel hombre glorioso se avergonzaba de su anterior vida de burdel; pero si así fuera, tampoco la llamaría hermana. Sus dolorosas ideas la hicieron prorrumpir en un sollozo, que no pasó desapercibido por el artista...

— ¿Por qué lloras?

— Porque mi vida es más triste que un día sin sol... Me falta un cariño...

— ¿Es que amas a otro?

— ¿Lo sentirías?

— Siempre respetaría los sentimientos de tu corazón, a menos que él fuera el canalla de «Cantimplas», pues si viniera por ti, lo mataría.

— Gracias, Ramón... ¡Oye!...

— ¿Qué?...

— Tú dijiste a Rosaura que soy la mujer de tus pensamientos, como de Dante lo era Beatriz... ¿Es así como aman los genios?...

— ¿Desearías ser amada de otro modo?...

— Sí...

Venus Citerea era demasiado hermosa para que el hombre que la adoraba pudiera resistir la tentación... Recostada en áurea concha, entre los peñascos que simulaban el acantilado, con una decoración de azur en el fondo, en la que en distinto matiz se admiraban las inmensidades del cielo y del mar, donde alguna nube vaporosa, algún soplo de alba espuma, y el vuelo de curiosas y gentiles gaviotas que admiraban a la diosa, contribuían a dar al conjunto un aire de poética y magnífica realidad... Era aquel el asunto que pensaba llevar a la Exposición Internacional de Bellas Artes, donde las mejores firmas del Universo iban a disputarse el Gran Premio... Era, además, el primer cuadro en que pintaba a Enriqueta desnuda... Al verla llorar de añoranzas y deseos, Verneda se acercó a aquel cuerpo que como el de la misma divinidad olímpica, era más bello que las perlas, las espumas y las flores. y... un rato después el rostro de Venus irradió la felicidad incomparable del triunfo del amor y de la carne... inundando la obra de Verneda de ese algo indefinible, embriagador y sublime, que es el supremo sueño de artistas y poetas, que nimba a las obras maestras de todos los tiempos y se llama: Inmortalidad.

El pintor llegó, por aquella obra, a la meta de sus aspiraciones, y un día, una manifestación integrada por elementos artísticos y admiradores del Arte, llevando a la cabeza una banda de música y al buen Florencio Roldán, que no cabía en sí de gozo, porque aunque no hubiera ganado el premio él, al menos no se lo había llevado un extranjero.

— ¡Llor a los buenos artistas! — exclamó arrojando al balcón su sombrero, mientras el pueblo tributaba a Ramón y a Enriqueta, que se habían asomado al balcón, acompañados del alcalde, una cariñosa ovación.

La sonrisa de Venus, que había labrado la gloria del Artista, fué sonrisa de amor y fecundidad, que culminó algunos meses más tarde con el nacimiento de un niño que vino a llenar de ventura el hogar de Verneda, afianzando más el amor del artista y su modelo.

Coincidiendo con tan grato acontecimiento, un barco trajo de nuevo a Barcelona a la viuda de Lord Gilson y a su sobrina Miss Ena. Habían llevado los esposos Gilson una vida depravada, pero en los últimos años el Lord parecía querer rectificar, y se había despertado en él cierto instinto de previsión o tacañería, como lo llamaba su esposa, que ocasionaba frecuentes riñas entre ellos, pues Lady Gilson no quería ceder ni un ápice en su capricho de vivir rodeada de un lujo y fastuosidad verdaderamente fantásticos. Lord Gilson tenía algunos años más que Carlota, creía ésta que aquello eran rarezas de viejo, pero con la muerte del marido se dió perfecta cuenta de que su fortuna estaba seriamente comprometida...

Ambas mujeres sentían nostalgia de España; para la joven, el pintorcillo Verneda había sido algo más que un capricho fugaz de hembra acostumbrada a las aventuras eróticas, y para la anciana, libre al fin con la muerte de su marido de ciertos miramientos de familia, podría llamar hijo a aquel muchacho que con su gloria halagaba su vanidad. Pero como el recuerdo de la opulenta dama se mantenía muy vivo en Barcelona, a fin de no aparecer arruinada, quiso pasar por la Costa Azul y probar fortuna en Monte Carlo, todo ello contra la voluntad de su sobrina, que nunca se había sentido tentada por el juego. Pero a despecho de los consejos de Miss Ena, jugó apasionadamente, y su ruina fué completa y terrible; mientras tanto, su sobrina entretenía el ocio flirteando con uno de los empleados del hotel, haciéndose pasar por la señorita de compañía de Lady Gilson.

Entrampada con todo el mundo, sólo una tabla de salvación se ofrecía a Carlota Vázquez: la boda de Miss Ena con su hijo, pues la fortuna de la joven era infinita, como las gotitas de agua que contiene la inmensidad del mar...

Parecía Verneda, lo mismo que su padre, hostil al lazo matrimonial, pero una buena mujer, Catalina Alcasara con su modelo, y un día en los divinos dedos de Enriqueta fulguraron las gemas de una espléndida sortija de prometida, y en el mundo del Arte ya no se hablaba de otra cosa que de aquella boda en ciernes... Pero inesperada nube vino a empañar el cielo de su dicha.

En una melancólica tarde de noviembre, una dama, todavía hermosa, ornada con la toca y la indumentaria de opulenta viudez, y en cuyos ojos se reflejaba una viva inquietud, llamó a la puerta de la mansión del artista, y salió a recibirla Enriqueta Peña... La hija del obrero y la hermana de don Dimas no se conocían personalmente, y con un nombre supuesto se introdujo la dama en el despacho de su hijo.

Poco halagador fué el resultado de la entrevista, puesto que al llegar a su casa, donde le esperaba impaciente la enamorada inglesa, el rompimiento entre tía y sobrina fué inevitable.

— Yo no te saco de apuros si no me caso con Ramón, a quien quiero más que a las niñas de mis ojos, y pienso ser a su lado una esposa modelo.

— ¿Qué te diré, hija, si hay cosas que con dinero no se compran?... El está loco por aquella perdida...

— Pues tía, vete a paseo... ¿Qué obligación tengo de vivir contigo? Vete con ellos; yo para nada te necesito.

Abrumada de deudas, sin hogar, llevándose por todo patrimonio algunas joyas de las que no había querido

deshacerse en ninguna ocasión, marchó Carlota aquella misma noche, sin dirección fija, sin saber adónde encaminarse, pues a la puerta de su hijo no se atrevía a llamar de nuevo... Con adusto ceño Miss Ena la vió salir, exclamando implacable:

— Todo esto te sucede por mala cabeza; hubieras hecho caso de mis consejos.

En la Rambla vió acercarse Carlota a una mujer que le dió las buenas noches; instintivamente apretó el monedero contra su pecho...

— No temáis, Milady — dijo Rosaura soltando una carcajada —; tengo el bolsillo repleto y no necesito pillar. Estamos a primeros de mes, que es cuando los hombres han cobrado los sueldos y una se gana la vida, y hoy quiero permitirme el lujo de convidar a una millonaria. Venid, Milady, al café; yo pago el gasto.

Momentos después, sentadas ante un velador, Carlota explicó a Rosaura su tragedia...

— Pues si os conviene suprimir a Enriqueta, yo lo encargo a «Cantimplas» y todo arreglado.

— Yo os pagaría espléndidamente, porque dispondría de mi sobrina y de sus bienes, que en el fondo ella es una boba; pero eso sí, que no llegue a vislumbrar nunca que su felicidad la debe a un crimen urdido por nosotras; a pesar de sus locuras, en ciertas cosas, es de una rectitud que espanta, y no se casaría con Verneda.

— Déjalo todo en manos de «Cantimplas»; trabaja bien.

Al despedirse de Rosaura era avanzada la noche, y para no pasear más por las calles, hizo Carlota un llamamiento a sus fuerzas y llamó de nuevo a la puerta de su hijo:

— Miss Ena me ha echado de casa. ¿Me admites en la tuya?

—Aquí siempre eres bien venida, madre; pero sé buena con Enriqueta: ella será para ti una verdadera hija.

Los días se sucedían tristes, monótonos, para la viuda de Gilson. Nerviosísima en extremo, apenas podía contener su ira a cada nuevo preparativo de la boda de su hijo... El asunto de sus deudas quedaba sin solución, y la publicidad y el escándalo en breve deshorrarían su nombre... Por otra parte, no se atrevía a aceptar la criminal oferta de Rosaura...

Siguiendo sus huellas habían venido de Monte Carlo algunos acreedores pretendiendo cobrar unas letras que ni ella ni su hijo podían pagar. Uno de los acreedores más modestos era Carlos Dómer, empleado del Casino, que pasó por Barcelona por otros asuntos y se le confió cobrara la cuenta de aquellas damas que se marcharon de Monte Carlo sin pagar el hotel... Con lágrimas en los ojos había suplicado Carlos Dómer que se le confiara aquella misión, pues se había enamorado con locura de la señorita de compañía de Lady Gilson.

Sólo para matar el aburrimiento Miss Ena había coqueteado con él, pero en el corazón de la inglesa continuaba grabada con tal fuerza la imagen del pintor, que al ver a su tía en tales apuros, se ratificó en sus deseos de salvarla y tenerla a su lado viviendo con el boato acostumbrado si lograba casarse con Verneda.

Carlos Dómer, a pesar de haber cobrado el importe de la factura, no dió por terminada su misión en aquella casa, ignorando que aquella mujercita rubia por la cual estaba loco, fuera la dueña de cuantiosos millones... Miss Ena le quitó toda esperanza, y redobló, con una tenacidad inaudita, las súplicas a su tía, para que Verneda echara a su amante y se casara con ella, y por otra parte, acorralada Carlota por la impacien-

cia de unos acreedores, creyó el momento de presentar batalla hablando claro a su hijo:

—Para nada necesitamos a Miss Ena —decía éste—; yo me comprometo a pagar tus deudas dentro de algunos años; ahora no puedo. ¡Verdaderamente perdiste la cabeza, mamá!

—Pero a vuestro lado no podré lograr mis ensueños; tendré que someterme a vuestro tren de vida, cuando en esta ciudad he brillado como una reina, y en mis salones, que eran de los más fastuosos de Europa, se congregaba la más rancia aristocracia... Esto es matar a tu madre... Es muy doloroso que se haya terciado en tu vida esta Enriqueta Peña, pues te casarías con mi sobrina... tú la amabas...

—No, madre; era la mujer que necesitaba para adquirir renombre y nada más...

—Por eso mismo le eres deudor de tu gloria.

—La gloria se la debo a Enriqueta... En ella, para mí fuente inagotable de inspiración, ha bebido mi pobre arte lo esencial para enriquecerse y elevarse, y mal podría haberme amparado Miss Ena si en mis cuadros no se hubiera reflejado, aunque de un modo imperfecto, esa floración de rosas primaverales que es el cuerpo de mi modelo, si de esa sonrisa indefinible por donde asoma su alma de niña y que ora tiene destellos matutinos, ora cegadora luz del mediodía, ora matices de un suave atardecer, no hubiera intentado yo trasladar al lienzo su belleza y sus fulgores...

—Estás loco; esa a quien tanto divinizas es mi perdición, es una mujer vil, recogida...

—¡Calla! Nadie tiene derecho a tratarla de ese modo, y menos tú, pues la chiquilla fué una víctima inocente de este afán de lujo y ostentación que ha envenenado a vuestra familia.

—Todo el mundo me reclama deudas. ¿Qué culpa tengo yo de lo que hizo Dimas? Es verdad que murió

célibe y legó la fábrica a las hermanas; pero la vendimos por una miseria, y yo tuve que pagar algunas cosas, con lo que me salió a nada la herencia... Por eso no me considero obligada a ella.

—Mal que te pese, tienes contraída con ella una deuda, pero de índole moral; Enriqueta sólo desea, te implora, un poquito de cariño.

—¿Amarla yo? Esto es una afrenta.

—Yo no quería decírtelo, madre; pero como, según se ve, te deshonra el roce con ella, yo no puedo callarlo por más tiempo: Por unos instantes de placer, no de amor, me echaste al mundo; ahora, porque te conviene, me llamas hijo; pero mientras en fiestas principescas derrochabas la fortuna de Lord Gilson, yo padecía hambre, la desesperación había hecho presa en mí y no vislumbraba otro porvenir que la suprema liberación del suicidio, y entonces una pobre mujer, una cualquiera, se avino a compartir mis dolores y mis penas... Por ella amé la vida, luché y he visto coronados por el triunfo mis desvelos... Esa mujer es madre y es incapaz de hacer con el fruto de sus entrañas lo que tú has hecho conmigo...

Aunque aquella explosión del hijo conmovió a la madre, orgullosa ante todo, procuró dominarse y se levantó diciendo estas palabras, cuyo alcance Verneda no podía llegar a comprender:

—Esto no puedè continuar; aquí me veré constantemente pisoteada. Hay que adoptar una resolución enérgica.

Pocas noches después, todo parecía dormir en la mansión de Verneda. Pero Carlota velaba... Entró «Cantimplas» por la puerta trasera del edificio, y ayudado de Carlota simulaban que había forzado una ventana; la vieja tenía además el compromiso de acompañarle a las habitaciones de Enriqueta y al despacho del pintor, porque: «Un hombre no se expone

»sólo por amor a la profesión si no hay seguridad de encontrar *parné*», le había dicho «Cantimplas»; y así consintió Carlota que desvalijaran a su hijo, con lo cual se disimularía además que aquello había tenido por único y exclusivo fin el asesinato de Enriqueta...

Temblando y a tientas, después de dejar solo a «Cantimplas», se dirigió de nuevo a su habitación, sobresaltándole la idea de que pudieran despertar la criada, el niño o Enriqueta, y todo lo echaran a perder con gritos y llores. El pintor, como de costumbre, se hallaba en la Peña Artística, donde concurría todas las veladas para cambiar impresiones...

Para mitigar sus remordimientos de conciencia, Lady Gilson quería engañarse a sí misma, diciéndose que aquello, aunque de sí repugnante, a quien más convenía era a su propio hijo, porque suprimida la mujerzuela volvería a amar a su sobrina, y sería glorioso y millonario...

Mientras se entregaba la viuda a tan execrables reflexiones, el asesino, con los bolsillos ya repletos, penetró en el aposento de Enriqueta... En una torpe maniobra cayó una silla, que despertó a la joven, y al dar la luz sobresaltada y ver a «Cantimplas», quedó helada de espanto, sin poder proferir un grito... No obstante, recobrando luego algo de serenidad, saltó de la cama para ofrecer al bandido un cofre de joyas y con ello comprar la vida...

—No quiero joyas —dijo él, rehusándolas; y estrechando con una mano el níveo cuello de la víctima, con la otra buscó en su faja un agudo y reluciente puñal, y continuó diciendo—: ¡Qué linda estás con este pijama tan elegante!... He venido para disfrutar-te, porque no puedo vivir sin ti. Si gritas o te resistes te hundo este puñal.

Era tal la aversión que sentía por el malvado, que, desafiándolo todo, se dispuso a luchar y defenderse;

pero él, cortando sus intenciones, le introdujo en la boca un pañuelo anudado que le privaba la respiración, hundiéndole simultáneamente en el pecho el afilado puñal. Y creyendo a Enriqueta cadáver, cogió las joyas y marchó en seguida... Con un terror indecible saltó de nuevo la galería al oír que el niño, que dormía junto a su desventurada madre, había despertado y rompía a llorar...

VI

Miss Ena leía y releía el párrafo de la carta en que Dómer le decía:

«Deja a esta mujer, que está completamente arruinada, y a no tardar habrá de prescindir incluso de tus servicios. Busca con tiempo una buena colocación. Para ayudarte, yo he hablado de ti a mis jefes, que me aprecian mucho y están dispuestos a reservarte un empleo si deseas venir a Monte Carlo. lo cual me sería gratísimo, pues pienso que a la larga llegarías a quererme...»

Claro que la ingenua carta del muchacho desató la risa de la joven; mas por otra parte, las ideas democráticas de que estaba imbuída la millonaria, no le hacían mirar con horror una boda extraordinariamente desigual, que hubiera indignado a cualquiera de sus soberbias antepasadas... El único, el verdadero obstáculo que se oponía a un feliz epílogo de tan original aventura, era, ¡ay!, el recuerdo de Verneda...

— ¿Cómo es posible que hasta tal extremo esté enamorada yo, que he gustado de todos los placeres de la vida, tomando siempre a broma el amor?...

Pero según su lógica, nada ganaría casándose con el pintor, pues nunca sería dueña del corazón de aquel hombre, y la modelo continuaría siendo su amante...

Sumida en tan tristes reflexiones, oyó vocear por los vendedores de los periódicos algo que la dejó asombrada, y temiendo verse envuelta en un asunto criminal, del que era inocente en absoluto, escribió a Dómer, aceptando su cariño y anunciando su llegada a Monte Carlo...

Afortunadamente, el puñal de «Cantimplas» pasó muy cerca del corazón de Enriqueta, pero sin rozarlo en lo más mínimo. Y reanimada la víctima, pudo declarar, descubriéndose la trama del crimen, siendo encarcelados inmediatamente los culpables, a excepción de Carlota Vázquez, que, al verse perdida, fué a levantarse la tapa de los sesos en uno de los parques públicos.

Cuando después del invierno la sonriente primavera extendía su manto de flores y belleza por doquier, Enriqueta Peña, recobrada ya la salud, era para el pintor doblemente bella, doblemente adorable, después de aquella resurrección inesperada, pues estuvo algunos meses entre la vida y la muerte... Cuando menos lo esperaban recibieron una carta de Miss Ena, en la que la inglesa les decía:

«Te amé mucho, Ramón. Con mi locura quise destruir lo que tan sabiamente había unido el destino para tu gloria; con mi locura, fuí asimismo causa inconsciente de la tragedia que llenó de luto tu corazón de hijo y estuvo a punto de costar la vida a la que ya es tu feliz esposa... Yo no soy menos feliz; he renacido a la vida del amor y la virtud cuando me-

»nos lo esperaba: soy Madame Domer, y al lado de
 »mi Carlos he aprendido a amar la tranquilidad augus-
 »ta de las almas buenas... Pero el remordimiento de los
 »dolores que ocasioné, el trágico fin de mi desven-
 »turada tía y el temor de que no me habéis perdonado,
 »es el único lunar que empaña mi dicha y me inspira
 »estos renglones.

»Paulatinamente me he ido enterando, por la Pren-
 »sa, de que tu Venus Citerea ha triunfado en algunas
 »Exposiciones de Europa, y que por ella pregonan las
 »trompetas de la fama que Verneda es uno de los me-
 »jores pintores contemporáneos, por lo cual te envío
 »la felicitación más cordial.

»Amaos mucho; y sólo me resta deciros que con el
 »alma entera os deseo gocéis eternamente, al lado de
 »vuestro idolatrado hijo, de todos los dones de la sa-
 »lud, la riqueza, la ventura y la gloria.

»Olvidad el mal que os hice y recibid, con la pre-
 »sente, junto con mi afecto, un regalo de boda.

»Vuestra,

Ena.»

Venus sonrió ante aquella carta, por la que su te-
 mible rival dejaba de ser enemiga de su dicha, y aque-
 lla sonrisa divina, que con sus fulgores inspiraba obras
 de renombre inmortal, fué antorcha vivísima que con-
 tinuó alumbrando al Genio, en su paso triunfal sobre
 la Tierra.

les.—65. *Armonía*, de Miguel Campuzano.—66. *Ambición*, de
 Admán del Valle.—67. *Cáin y Abel*, de Elías García.—68. *Si tú
 me quisieras*, de Federico Urales.—69. *Mariucha*, de Iván Chevick.
 70. *Entre dos amores*, de Federico Urales.—71. *El y Ella*, de
 Paco Itiz y José de Tapia.—72. *El amor errante*, de Federica Mont-
 seny.—73. *Flora*, de Joaquín Colomer.—74. *El pitu de Peñarudes*,
 de Mauro Bajatierra.—75. *El príncipe que no quiso gobernar*, de
 Adrián del Valle.—76. *Liberación*, de Juan Ferrer.—77. *La de mis
 sueños*, de Federico Urales.—78. *Los unos y los otros*, de Ramón
 García Diego.—79. *La vida qu eempieza*, de Federica Montseny.—
 80. *Aurora nueva*, de Antonio Estévez.—81. *¿Es usted mi ma-
 dre?*, de Federico Urales.—82. *Coloma*, de José Gardeñas.—83. *Sor
 Angélica*, de Federica Montseny.—84. *Para que el hijo sea nuestro*,
 de A. Fernández Escobés.—85. *Del cielo al penal*, de Regina Opis-
 so.—86. *El alimañero*, de Mauro Bajatierra.—87. *Lo que me ocu-
 rió con ella*, de Federico Urales.—88. *Fatalidad*, de Elías García.—
 89. *La ruta iluminada*, de Federica Montseny.—90. *Amor que vi-
 vifica*, de Luis Calventus.—91. *El eterno problema*, de A. Fernán-
 dez Escobés.—92. *El casamiento de mi novia*, de Federico Urales.—
 93. *Un drama en las Guillerías*, de Narciso Fontás.—94. *El últi-
 mo amor*, de Federica Montseny.—95. *Aura popular*, de V. Már-
 quez Sicilia.—96. *Las aventuras de unos niños*, de Federico Ura-
 les.—97. *El primer amor*, de Elías García.—98. *La tierra estéril*,
 de A. Fernández Escobés.—99. *Botones de fuego*, de Aurelio G.
 Rondón.—100. *Ladrón de amor*, de Federico Urales.—101. *¡Era
 su madre!*, de Regina Opisso.—102. *El tesoro escondido*, de Adrián
 del Valle.—103. *La fuerza del amor*, de Juan Martín González.—
 104. *Los malcasados*, de Federico Urales.—105. *Del Madrid de
 mis amores*, de Mauro Bajatierra.—106. *El corazón de la esfinge*,
 de Angela Graupera.—107. *Nuestra Señora del Paralelo*, de Fede-
 rica Montseny.—108. *El amor que queda*, de V. Márquez Sicilia.—
 109. *De maestro a guerrillero*, de Adrián del Valle.—110. *Los
 hijos del otro*, de Regina Opisso.—111. *El hombre adúltero*, de
 Federico Urales.—112. *¡No, no, eso no!*, de A. Fernández Esco-
 bés.—113. *La pequeña hechicera*, de Angela Graupera.—114. *Un
 Abel más malo que Caín*, de Aurelio G. Rendón.—115. *El derecho
 al hijo*, de Federica Montseny.—116. *Los carrilanos*, de F. Barthe.—
 117. *Pedro «el Justiciero»*, de Regina Opisso.—118. *La mujer caída*,
 de Federico Urales.—119. *Una aventura original*, de Lorenzo Re-
 galado y García.—120. *Los caminos del mundo*, de Federico Mont-
 seny.—121. *Micaela*, de Diego Ramón.—122. *Historia de la Cisca*,
 de A. Fernández Escobés.—123. *El retorno a la tierra*, de Angel
 Graupera.—124. *La moza alegre*, de Federico Urales.—125. *Mi
 honor, ¡no importa!*, de Regina Opisso.—126. *Contrabando*, de
 Adrián del Valle.—127. *Hacia otra vida*, de Mauro Bajatierra.—
 127. *La hija de las estrellas*, de Federica Montseny.—129. *Escenas
 del vivir*, de J. Ramos Concepción.—130. *Espinas y flores*, de
 Andrés Ramos Alvarado.—131. *El médico galante*, de Federico Ura-
 les.—132. *Destellos de luz*, de V. Márquez Sicilia.—133. *La ten-
 tación*, de Angela Graupera.—134. *Juan e Itonto*, de Diego Ra-